



PLATÓN

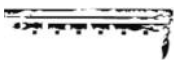
La República

Traducción de Rosa Mª Mariño Sánchez-Elvira, Salvador Mas Torres y Fernando García Romero, Akal, Madrid, 2009, 654 pp. ISBN 978-84-460-2378-4

Nos hallamos aquí ante una nueva versión al castellano de la obra quizás más conocida y discutida de Platón, la *República*. La ardua y difícil empresa de traducir, más aún si se trata de filosofía, y sobre todo en el caso de una obra fundamental de la filosofía griega, es ya en ella misma algo digno de todo elogio y consideración, sean cuales sean sus resultados. Por ello el lector no puede menos que celebrar la aparición de este nuevo trabajo en el campo de los estudios platónicos. La presente traducción, llevada a cabo en conjunto por Rosa María Mariño Sánchez-Elvira, Salvador Mas Torres y Fernando García Romero, constituye un trabajo cuidado, serio, sobrio y riguroso, que intenta mantenerse fiel a la letra griega de Platón, sin menoscabar por ello las formas y estructuras propias de la lengua castellana. Hoy en día se reconoce casi como un deber del traductor el no forzar ni entorpecer la lengua en la cual se vierte el texto original. Por cierto. Tal reclamo empero no tiene validez sino hasta el punto en que la lengua original habla de una manera habitual y corriente. ¿Pero qué pasa cuando la lengua a traducir se aleja expresamente del hablar cotidiano? Y la filosofía, ¿no es acaso ella misma ya un cierto alejamiento de toda cotidianidad? Como sea, podemos decir que la presente traducción habla una lengua clara y

fluida, correcta y precisa, que en ningún momento estorba la marcha de la lectura. Así, desde tal punto de vista, esta nueva versión de la *República* de Platón necesariamente ha de contribuir a que estudiantes y estudiosos se adentren en el difícil pensamiento de uno de los filósofos más importantes y decisivos de la historia del pensamiento occidental.

Con respecto a la traducción misma, el lector hallará aquí una versión tan respetuosa como fiel a la Tradición, aun cuando permanece también abierta, en cierta medida, a las nuevas corrientes hermenéuticas surgidas en el siglo XX, lo cual se hace manifiesto a partir de la nutrida y variada bibliografía que los traductores presentan al final del trabajo. En ésta, encontramos juntos autores como W. Beierwaltes, F. M. Cornford, P. Friedländer, H. G. Gadamer, V. Goldschmidt, W. C. Guthrie, W. Jaeger, Y. Lafrance, D. Ross, W. Wieland y G. Vlastos. De todo ello resulta, por una parte, que todas las traducciones tradicionales de los términos fundamentales de la filosofía griega y, en particular, del pensar de Platón, quedan intactas; por ejemplo: *psykhê* por “alma”, *aretê* por “virtud”, *epistêmê* por “ciencia”, *physis* por “naturaleza”, *dikaiosynê* por “justicia”, *dynamis* por “capacidad”, *ousia* por “esencia” y, especialmente, *alêtheia* por “verdad”. Esto no significa por cierto que tales palabras, y sus derivados, sean traducidas cada vez de la misma manera, sino que la traducción va siempre atendiendo al contexto concreto en que cada palabra está pensada y dicha, de tal manera que los traductores no se sienten obligados a traducir cada término idénticamente, como tampoco a mantener a todo precio los vínculos etimológicos que las familias de palabras puedan guardar entre sí. Así, por ejemplo, en la página 93 de la introducción — la introducción, a cargo de Salvador Mas, cuenta con 170 páginas, que incluyen una consideración sobre la datación de la obra y sobre el texto y las variantes que ha seguido la presente traducción, ambos apartados a cargo de Fernando García Romero— podemos leer lo siguiente: “Antes de continuar, tal vez no sea ocioso realizar una precisión léxica: en griego, a partir de la forma verbal *ésti* surgen el participio *ón*, el nombre *ousía* y el adverbio *óntos*; en castellano, sin embargo, a partir de “es” sólo cabe derivar el participio “siendo”, mas no el nombre ni el adverbio. Para superar este inconveniente cabe o bien torturar nuestra bella lengua o bien utilizar palabras tales como “realidad” y “realmente” o “auténtico” y “auténticamente”. Si lo primero siempre es rechazable y deplorable, lo segundo no debe hacernos pasar por alto que estas expresiones y otras similares son tan sólo las formas adjetival y nominal del verbo “ser” y que, a la inversa, “es” representa la forma verbal de “real” y “realidad”. Asimismo, el apego de los traductores a la Tradición sale a relucir en ciertas perspectivas a través de las cuales se aborda el pensamiento de Platón, como en el hablar de una *teoría de las Ideas*, o en el entender los planteamientos de Platón desde una terminología estrictamente moderna, con rótulos tales como “epistemología”, “ontología”, “idealismo”, “realismo”, etc., o aun en la ya clásica comprensión de la filosofía de Platón como una filosofía de la división en “dos mundos”, el “inteligible” y el “sensible”. (Al igual que sucedía en la comparación con el sol, las secciones que surgen de la primera división de la línea se corresponden con lo visible y lo inteligible como ámbitos ontológicos diferenciados.) No obstante, y por otro lado, se deja sentir aquí, a la vez, que estos tópicos propios de la interpretación tradicional de Platón entran ya, de alguna manera, en el campo de lo digno de cuestión, como lo revela el siguiente pasaje referido a la presunta doctrina platónica de los “dos mundos”: “Que no nos perturbe en exceso la cuestión del grado de realidad de las distintas estancias de la caverna, pues hasta cierto punto, al menos en estos textos de la *República*, en perfecto paralelismo con el pasaje de



LIBROS



PLATÓN La República

la línea, ni interesan ámbitos ontológicos ni su grado de realidad, sino la diferente actitud desde la que son considerados, al margen de su mayor o menor realidad o incluso de si cabe hablar, como suele hacerse desde que Aristóteles inauguró esta forma de expresarse (*Metafísica*, 990a 34b9), de dos “mundos”, el sensible y el inteligible, pues tal diferenciación, recordémoslo, sólo está al principio, esto es, se corresponde con la división de la línea en dos grandes secciones, lo que luego se matiza al establecer entrecruzamientos entre ambas. Por lo demás, Platón no acostumbra a hablar de “cosas sensibles” o de “cosas que forman parte o pertenecen al mundo sensible”, sino que suele utilizar las expresiones, ambas en plural, “lo[s] mucho[s]” (*tà pollá*) o “lo[s] visible[s]” (*tà aisthetá*). Por estos motivos, en nuestra traducción hemos preferido utilizar la expresión “ámbitos”, esperando que sea entendida de la manera más neutral posible (p. 94).

Así pues, a pesar del hecho de que la presente traducción de la *La República* de Platón no constituye efectivamente una versión innovadora, en la medida en que conserva y mantiene, en el fondo, gran parte de los hábitos de traducción no sólo de las versiones castellanas precedentes, sino también de la mayoría de las versiones disponibles en lengua romance, se puede discernir en ella una clara consciencia de los límites de toda traducción (en la p. 80 de la introducción se dice que “en este punto, como en tantos otros, no cabe evitar cierta traición”), así como de los problemas que entrañan ciertas comprensiones e interpretaciones habituales del pensamiento platónico mismo, como, por ejemplo, la situación peculiar e intermedia de los números en el símil de la línea (p. 82 de la introducción), o bien el estatuto “ontológico” de las “Ideas” mismas (pp. 70-72 de la introducción). Para indicar lo que queremos decir, basten aquí un par de ejemplos de una y otra situación. En primer lugar, en el libro VII, Sócrates examina aquellos conocimientos que vuelven al ser humano hacia aquella dimensión en la que reside la “Idea del Bien”, lo que se traduce en la presente versión así: obligan “al alma a girarse hacia aquel lugar en el que se encuentra lo más feliz del ser” (VII, 526 e 5). La expresión “lo más feliz del ser” debiera traducir las palabras griegas *to eudaimonestaton tou ontos*. Desde el punto de vista puramente lexicográfico, esta traducción es del todo correcta, pues cualquier diccionario de griego, en cualquier lengua, decreta y confirma que el adjetivo *eudaimôn* quiere decir algo así como “feliz”. Por cierto. Sólo que, si aspiramos genuinamente a comprender algo concreto, y tanto más cuanto que se trata aquí de lo más ele-

vado para el pensar de Platón, a saber, la “Idea del Bien”, ¿qué puede bien significar la expresión “lo más feliz del ser”? ¿En qué sentido y de qué manera la “Idea del Bien” es “feliz”, y aun “lo más feliz”? Se podría objetar que fue Platón quien escribió explícitamente *eudaimonestaton* y no los traductores. No obstante, ¿desde cuándo está decidido que el sentido de la palabra griega fundamental *eudaimôn* se agota en aquello que nosotros mentamos con “felicidad”? Esto último se vuelve sumamente cuestionable cuando atendemos por un instante a la composición misma de la palabra *eu-daimôn*. Valga esto como ejemplo de lo que sería una traducción completamente correcta, en tanto que sancionada por una inquebrantable Tradición y unánimemente aceptada, pero que, en el fondo, desde el punto de vista de la inteligibilidad, permanece más bien muda y opaca. En segundo lugar, para señalar la actitud abierta a los nuevos horizontes interpretativos instaurados en la filosofía del siglo XX, actitud que intenta no caer en aquellos tópicos que más encubren que iluminan el pensar de Platón, baste considerar, por un lado – y como ya fue indicado – el uso de la palabra “ámbito” para nombrar aquello que se suele traducir como el “mundo” sensible o inteligible, y, por otro lado, aquel momento decisivo, al final del libro VI, en el que Platón se refiere a la extrema “trascendencia” de la “Idea del Bien”. Aquí, Sócrates indica que la “Idea del Bien” no sólo es responsable del que lo a conocer pueda ser conocido, sino también del que lo a conocer en suma *sea y sea aquello que es*, en griego, *to einai te kai tèn ousian* (VI, 509 b 7-8). Es a veces un hábito de los traductores traducir aquí la “existencia” y la “esencia”, introduciendo con ello en la filosofía platónica una terminología que no surgirá sino en el pensamiento medieval. Pues aun cuando tal terminología, a saber, la distinción de la “existencia” y la “esencia”, se remonta de algún modo o de otro, a través de Aristóteles, a la filosofía de Platón, hemos de reconocer que Platón usa las palabras *einai* y *ousia* en un sentido que no es todavía ni “técnico” ni “terminológico”, como lo muestra con toda claridad el simple hecho que la misma palabra *ousia* puede nombrar tanto el “qué-es” como el puro y simple “que-es”. (Véase en el *Sofista*, 219 b 4 ss., la caracterización del *poiein* como un *agein eis ousian*, en donde la palabra *ousia* no puede nombrar sólo la “esencia” en el sentido del qué-es, el cual aún se ha de concretar en esto o aquello, sino que designa ya esta concreción misma, esto es, el “existir”, el estar en la presencia.) En correspondencia con ello, los traductores traducen estas palabras sobria y austeramente por “el ser y la esencia”.

Finalmente, sólo queda decir que esta nueva versión de la *República* de Platón merece toda la atención y consideración de aquellos que hemos hecho del estudio y la lectura de los clásicos la tarea fundamental de la existencia, pues, al fin y al cabo, tampoco en esta obra platónica está en juego sólo un examen meramente teórico de la cuestión de la *politeia*, sino que se trata, en el fondo, de la manera como cada uno de nosotros ha de llevar a cabo su propia vida, cosa que los traductores nos enseñan ya desde el primer momento de la Introducción: “La *República* intenta determinar el concepto verdadero de justicia, no como investigación teórica, sino porque todos deseamos vivir la mejor vida posible que nos es dado alcanzar a los humanos” (p. 6).

Pablo Sandoval Villarroel